

Lo que la sociedad le hace al cuerpo de las mujeres: menopausia y salud pública

Por Rocío Millar Barría,
docente de la carrera de
Psicología de la Universidad
Santo Tomás Puerto Montt.

Los sistemas de salud no son máquinas neutrales. Son creaciones humanas, y como tales, reflejan los valores y las jerarquías de la sociedad que los construye. Reflejan, en particular, a quiénes se considera importantes, qué dolores se toman en serio y qué etapas de la vida merecen atención. Visto así, el modo en que la salud pública trata la menopausia no es un simple descuido: dice mucho sobre el lugar que nuestra sociedad le asigna a la mujer que deja de ser joven y reproductiva.

La menopausia le ocurre a todas las mujeres. Sin embargo, no todas las culturas la han vivido de la misma manera. En muchos pueblos del mundo, la mujer que deja de menstruar gana respeto: se convierte en una figura de autoridad, de sabiduría, de palabra pesada. En las sociedades occidentales modernas, en cambio, se la ha asociado casi siempre con la pérdida: de juventud, de atractivo, de utilidad social. Esa diferencia no es biológica. Es cultural. Y esa mirada cultural permea directamente la forma en que los sistemas de salud responden (o no responden) a las necesidades de las mujeres en esta etapa.

Existe un tratamiento, la terapia de reemplazo hormonal (TRH), que la ciencia respalda ampliamente para aliviar los síntomas de la menopausia y prevenir enfermedades como la osteoporosis o los problemas del corazón. Sin embargo, acceder a ese tratamiento no está al alcance de todas. Quienes tienen dinero pueden pagar una consulta con un especialista, comprar los medicamentos y recibir un acompañamiento adecuado. Quienes no lo tienen quedan libradas a la consulta rápida en el centro de salud, al médico que no siempre está actualizado en el tema, o simplemente a aguantar. A esto se le suma el miedo: un ya célebre estudio publicado en 2002, Women's Health Initiative, alertó sobre posibles riesgos de la terapia hormonal, y aunque la ciencia lleva décadas corrigiendo y ajustando esas conclusiones, el daño ya estaba hecho. Ese miedo sigue vivo en muchas mujeres y en muchas consultas médicas.

Lo que se produce, entonces, no es solo una injusticia económica. Es algo más profundo: es el modo en que la sociedad registra sus propias desigualdades en el cuerpo de las mujeres. Las que tienen más recursos, más información y más acceso reciben cuidado. Las demás, no. Y eso no le ocurre por casualidad a las mujeres: les ocurre porque nuestra cultura históricamente ha tratado el cuerpo femenino como un asunto menor, privado, que cada

una debe resolver por sí misma y como pueda.

En este Día Mundial de la Salud, pedir que la menopausia sea tratada como un problema de salud pública no es una exageración. Es reconocer que lo que le pasa al cuerpo de las mujeres también le importa a

la sociedad entera. Un sistema de salud justo no puede seguir mirando para otro lado. Tiene que preguntarse, con sinceridad, a quiénes está cuidando y a quiénes está dejando atrás. La respuesta, en el caso de la menopausia, todavía está pendiente.

Ketamina: una alerta que no se puede ignorar

Fernando Torres Moscoso
Director Escuela Química y
Farmacia U. Andrés Bello

La reciente megaincautación de más de 240 kilos de ketamina en la Región Metropolitana no es solo una noticia policial impactante; es una señal inequívoca del avance de las drogas sintéticas en Chile y de los riesgos que este fenómeno implica para la salud pública.

La ketamina, aunque tiene usos médicos y veterinarios legítimos, está clasificada como sustancia psicotrópica bajo control legal. Sin embargo, su creciente presencia en el mercado ilícito, especialmente asociada a mezclas como el llamado "tusi", incrementa de manera significativa su peligrosidad. Sus efectos no son menores: desde náuseas, desorientación y pérdida de coordinación, hasta alucinaciones

intensas, episodios psicóticos, daño orgánico y, en casos extremos, riesgo vital.

Preocupa aún más su utilización como droga de sumisión química, debido a su capacidad de provocar amnesia y pérdida de conciencia, facilitando la comisión de delitos. A ello se suma que el consumo reiterado se asocia a dependencia, deterioro cognitivo y graves alteraciones urinarias y psiquiátricas, efectos que ya comienzan a reflejarse en un aumento de consultas en servicios de urgencia, especialmente entre jóvenes.

Este escenario obliga a mirar el problema de manera integral. Las incautaciones confirman la eficacia policial, pero también revelan la magnitud del desafío. Combatir el avance de las drogas sintéticas requiere no solo fiscalización y sanciones, sino también prevención, educación y una respuesta sanitaria preparada. Ignorar esta alerta sería un error que el país no puede permitirse.